

# Ficciones científicas

## El dictador

**E**l Doctor Aire, como indica su nombre, se dedicó toda la vida a las investigaciones sobre el aire. En uno de los últimos días de su vida, el doctor subió al estrado para dar un discurso delante de los estudiantes: Yo transformé el aire en algo tan flexible e inacabable como la arcilla entre los dedos del escultor. También alteré la disposición de partículas del aire para producir desniveles artificiales de presiones atmosféricas y así logré controlar tifones, lluvias y la temperatura, además de posibilitar el mayor aprovechamiento de la fuerza eólica. Incluso llegué a hacer el aire impermeable al sonido, en contra de su naturaleza ingénita. Ahora bien, si la gente busca desentrañar mis investigaciones a favor del progreso humano, tendrá en sus manos la felicidad infinita. Sin embargo, no hay ni un sabio que me haga caso, porque el progreso no sólo es costoso sino también perjudicial para la moralidad.

Los estudiantes abstraídos dormitaban o perforaban escritorios con navajas sin prestarle atención. El doctor aspiró por la nariz y se quitó las legañas de los ojos con la punta del dedo. Y se apresuró a añadir: Con esto termino mi lección—. Los estudiantes dormidos se despertaron de repente. Alcanzaron a ver sólo la espalda, tan difusa y triste como su nombre, del doctor que se retiraba del estrado.

Todo esto se atribuía al dictador que gobernaba el país. Desde que su hermano banquero cayó en cama por una gripe incurable, el dictador sólo pasaba días tediosos sin nada que hacer, angustiado del ocio imperante durante los últimos cinco años. Teniendo en cuenta el lema de su régimen: “El orden todo el tiempo”, el estado de tedio se podía considerar como la máxima realización de su ideal. De hecho, el dictador no guardaba ni la mínima intención de oponerse a esta felicidad ociosa. Lo único que intentó fue practicar en secreto la música para matar el tiempo...

Por desgracia, el dictador fue un hombre tan torpe como nadie; sus manos se dividían en cinco ramas gruesas hacia la punta, a las cuales parecían no llegarles los nervios. Fue por esta misma razón que prefirió ser vocalista. A diferencia de los instrumentos musicales, la garganta le permitía producir sonidos con relativa facilidad. No buscaba más que complacerse a sí mismo en privado, lo cual era imposible al tratarse de un dictador. Pronto se enteraron los súbditos y le cayeron con una avalancha de elogios; acostumbrados tan sólo a manejar lisonjas a nivel supremo, insistieron en que debía dar un recital en el auditorio nacional. Desde luego, el dictador no tenía ni la menor idea de lo que era la modestia. Para seguir el mecanismo automatizado de “El orden todo el tiempo”, convocaron un día a todos los ciudadanos.

\* Kobo Abe, 1960: “La ficción científica se asemeja al descubrimiento realizado por Cristóbal Colón en la medida en que conjuga la construcción de una hipótesis extremadamente racional con una pasión extremadamente irracional, manifestada en forma de ilusión. La poética de la ficción científica, producida por el enfrentamiento entre la tensión intelectual y la tentación aventurera, no sólo nos conduce a lo moderno sino también al espíritu original de la literatura.”

En medio de una precaución extrema, el dictador llegó al auditorio, sentado con holgura sobre un cojín del carro de vidrio polarizado, con una menta afinadora de la voz en su boca. Un saludo. Sonó la banda marcial. El dictador caminó tambaleante. Al tratarse de un discurso, nunca perdía el aplomo aunque fuera delante de millones de personas, pero todo fue diferente ese día. Iba a cantar una canción melodiosa, algo sentimental. Quizá no fuera buena selección. Mejor hubiera escogido un canto militar, más apropiado a su investidura. En la antesala hojeó apurado *La colección de mis cantos favoritos*. El corazón palpitó con pequeños brincos. Ingirió una dosis de alcohol. Uno de los sirvientes acudió a su lado para mostrarle el cronómetro: faltaban treinta segundos. El dictador respiró profundo al levantarse. Con pasos inseguros atisbó el auditorio. Se le ocurrió una buena idea. Al volverse, se desplomó diciendo: “Me siento asfixiado”... Hasta ahí llegaron sus pretensiones artísticas y todo terminó en paz.

Sin embargo, había emitido sin querer una frase fatal justo antes de desmayarse: “Dentro de un mes voy a organizarlo de nuevo.” Qué responsabilidad tan odiosa. Al pensarlo de noche, no podía dormir de preocupación. Uno de esos días se acordó de haber oído hablar de un tal Doctor Aire, quien, según decían, había inventado un método para hacer el aire impermeable al sonido. Podía ser una persona útil.

Pronto se celebró el segundo recital. El dictador se presentó al escenario, sin tropiezo esta vez. De repente hubo un estruendo que desgarró el espacio, y se esfumaron todos

los sonidos terrenales; fue que la máquina del Doctor Aire procesó el aire de una manera especial. El dictador cantó a su antojo. Cuando terminó de cantar sin sonido, el auditorio tembló de aplausos en un silencio terrorífico.

En su camino de regreso, el dictador, todo contento, se abstraía ante el paisaje, pensando en qué clase de condecoración le iba a otorgar al Doctor Aire. En un instante se percató de la confusión que se había propagado en la ciudad por causa del silencio. Se sonrió un tanto avergonzado al tratar de pedirle al sirviente que llamara al Doctor Aire de inmediato para que devolviera el aire al estado normal; claro, no servían ni la voz ni el teléfono en medio de este aire impermeable.

Su coche se detuvo en seco; el auto delantero chocó con otro que había invadido la avenida, sin ruido, de una manera inesperada. Acudieron varios oficiales para sacar al conductor imprudente: era el mismo Doctor Aire. Había salido, sin soportar más el silencio, cargando la máquina para encontrarse cuanto antes con el dictador. Tanto el doctor como la máquina estaban muertos. El dictador se sobrecogió al recordar que el doctor le había dicho una vez que no dejaba ningún registro de sus investigaciones para evitar el abuso. Gritó sin querer algo ininteligible. Había mucha gente que gritaba. Por más que gritara, el silencio absoluto le pesó cada vez con mayor presión. El dictador se calló; se calló a voz en cuello. Y alcanzó a escuchar el desmoronamiento que se le acercaba con pasos firmes, así como la oscuridad que avanzaba al anochecer. —

(1955)

## El diablo

Un día encontré una ratonera al fondo del armario. Aunque no recordaba haberla comprado en ningún momento, se me ocurrió probarla, pues se percibía la presencia de ratas desde hacía algunos días; la instalé en un rincón de la habitación con restos de granos de soya fermentada como cebo.

Ese mismo día hubo una presa. Al volver a casa del trabajo, escuché un chillido en la oscuridad. Cuando prendí la luz, vi que quedó atrapado un pequeño animal extraño de color verde azul.

Esta no fue toda mi sorpresa; ese animalito, al voltear a verme, juntó las dos manos como de lagartija y me habló suplicante en un japonés correctísimo, aunque con cierta aspereza:

—¡Sálveme, por favor, se lo ruego, señor! A cambio le voy a satisfacer tres deseos, cualesquiera que sean...

—A ver, déjame decirte que estás cayendo en una contradicción —dije simulando serenidad para controlar la exci-



tación—. Si estás dotado de una capacidad tan envidiable, ¿cómo no te has escapado tú solo de la ratonera?

—Es el castigo que me tocó por un descuido. Hasta satisfacerle tres deseos a mi vencedor, no podré recuperar mi infinita capacidad de transfiguración.

Ciertamente era coherente a su manera. Le quité la tapa, porque de todas maneras no me importaba que me estafara, y resultó que era honesto de verdad.

—Le agradezco muchísimo —dijo con la cara azul, casi morada—. Adelante, señor, ¿cuáles son sus deseos?

—El tiempo, por ejemplo... ¿Qué te parece?

—¿El tiempo?

—El tiempo es oro, como dicen, y estoy tan ocupado todos los días que casi no me queda tiempo para hacer nada, ¿sabes?

—¿Cuánto quiere?

—Cuanto más, mejor...

—De acuerdo, señor.

Al decirlo, el animal alzó los brazos por encima de la cabeza y acercó gradualmente los dedos de las dos manos. En un instante salió de entre las puntas de los dedos una chispa azul que produjo una descarga eléctrica, y se propagó por toda la habitación un fuerte olor a azufre.

—¡No se mueva! —me advirtió el animal con firmeza al verme asustado—. Usted ya dispone de cien veces más de tiempo.

—¿Cien veces más?

—Es lo máximo que le puedo ofrecer. No es tan insignificante como quizás usted crea, ya que la energía está en proporción con el cuadrado de la velocidad, ¿sabe? Con cien veces más de velocidad, tendrá diez mil veces más de energía. Esto quiere decir que usted ya cuenta con una fuerza casi equivalente a la de una avioneta jet... Chist, ¡no se mueva, hágame caso! Un brinco así de golpe puede ser mortal, pues las piernas se harán añicos al destrozarse el piso y el cuerpo en reacción saltará al vuelo, quién sabe a dónde, rompiendo el cielo raso como si fuera un cohete.

—¡Carajo, me tendiste una trampa!

—¿Trampa? ¡Cómo se atreve a decir semejante barbaridad!

¿Acaso no sabía esa famosa fórmula:  $E = \frac{1}{2} mv^2$ ?

—¡Ni la menor idea!

—¡No se mueva, le estoy diciendo!... Pero qué extraño. Esta fórmula está tan divulgada que hasta sale en cualquier texto didáctico a nivel secundaria.

—¡No sé nada de eso! ¡Basta, qué necio eres! Desembújame ahora mismo, que no soy ningún maniquí... —grité de angustia sin soportar más el estado precario.

—¿Me permite tomarlo como el segundo deseo?

—¡Como quieras! ¡Rápido, hombre!

—Está bien —dijo sonando los dedos—. Relájese, que ya pasó el peligro. Ahora, ¿quiere pasar al último deseo?

Conteniendo las ganas de aplastarlo de un golpe, le repliqué:

—¡Dinero, entonces!

—¿Dinero?

—Ojo por ojo, brutalidad por brutalidad, pues.

—Brutalidad aparte, ¿de veras se conforma con algo tan trivial como el dinero?

—¿Acaso hay otra fórmula inconveniente que te lo impida?

—No, qué va. A mí me da lo mismo si a usted no le importa, señor...

—¡Deja de hacer insinuaciones ambiguas! ¡Dime todo lo que tienes que decir sin dar más rodeos!

—Con mucho gusto se lo digo, si es que lo puedo tomar como el tercer deseo...

Permanecí mudo durante más de diez minutos sin atreverme a romper el silencio. Me sentí mareado, a punto de desmayarme, y terminé gritando desesperado:

—¡Carajo, cuéntame todo!

—Una cosa muy sencilla... —me contestó el animal con un gesto tan ingenuo en su cara como el de una muñeca de plástico—. Sólo quería advertirle que, al hacer tantas compras, no iba a caber todo en esta pequeña habitación, señor.

—¡Maldito diablo!

—¿Diablo? ¡No me insulte, por favor! Soy un extraterrestre auténtico —apenas lo dijo, volteó a hacer una venia de lado—. Hasta aquí la segunda noche de la sección experimental de nuestro curso sobre la psicología terrícola.

Al recorrer la mirada, caí en la cuenta de que había otros dos animalitos del mismo tamaño que cargaban una videocámara para filmarme. En el acto les lancé un tintero. En ese mismo instante se esfumaron tanto la ratonera como los animalitos, dejando tan sólo el eco de una risa sonora... —

(1963)

Traducción: Ryukichi Terao / Revisión: Gregory Zambrano



**\$450.00**

**(Costo de la suscripción anual)**

**Tels: 5659-2701 / 9183-7800 / 01800 714-2016**